



ACTO TERCERO

El teatro representa un gabinete en casa de don Felipe, lujoso y severamente decorado. Puerta al foro. Una ventana en el lateral derecha y una puerta en la izquierda. A la derecha, una mesa de despacho, sobre la cual habrá libros y papeles. En primer término, y también a la derecha, un diván; delante de la mesa, un sillón, en el cual está sentado Felipe al comenzar el acto.

ESCENA PRIMERA

FELIPE y JOSÉ.

JOSÉ En menos de dos minutos crucé el camino que media de nuestra casa a la casa de don Anselmo; llegué a ésta, y, sin ser visto de nadie, que usted encargó reserva, vi a Rosa, le di la carta y vine.

FELIPE ¿Cómo se encuentra Margarita? ¿Hablaste a Rosa? ¿Qué dijo?

JOSÉ Que tras la escena que dió motivo al disgusto y que a explicarse no llega quedó en silencio la sala; inmóvil como una muerta,

la señorita; su padre, lleno de angustia y de pena; don Carlos, más que furioso contra lo que usted hiciera, y, de puro sobresalto, Rosa convertida en piedra, sin saber lo que pasaba ni donde acudir; que, en fuerza de cuidados y de tiempo, alzó sus pestañas negras la señorita, mostrando un color y unas ojeras y una mirada y un gesto que daba compasión verla. ¿Y después?

FELIPE
JOSÉ

Hacia su cuarto fué cada cual. Apenas se cerraron, vino el cura, estuvo como hora y media hablando a la señorita, y éste es el punto y la fecha en que, después de una noche en que no había una estrella en el cielo, y en la casa uno solo que durmiera, de una mañana muy triste y una comida muy seria, si es comer estar sentado sin comer junto a la mesa, está todo como estaba sin ninguna diferencia.

FELIPE

¡Pobre Margarita mía, qué horas de dolor le esperan! ¿Y mi carta? ¿La entregaste?

JOSÉ

Rosa se quedó con ella, mientras yo, por no ser visto, daba hacia casa la vuelta.

FELIPE

Bien está. Déjame.

(Se marcha José.)

ESCENA II

FELIPE ; luego, JOSÉ, con una bandeja en la mano ; al fin,
CARLOS.

FELIPE ¡ Todas
mis esperanzas por tierra !
¿ Y he de abandonarla ? ¡ Nunca !
Sería cobarde... Sepa
por mi carta mi desdicha
y de mi suerte resuelva.

JOSÉ ¡ Señorito ! (Entra.)
FELIPE ¿ Tú ? ¿ Qué quieres ?
JOSÉ Tome usted. (Le da una tarjeta.)
FELIPE ¡ Una tarjeta !
 ¡ Carlos aquí !
JOSÉ Ya le he dicho
que usted acaso no pueda
recibirlo..., pero insiste,
y sus órdenes espera.

FELIPE ¡ Qué me extraña ! Me aborrece,
es muy natural que venga.
Díle que pase.
 (José se dirige al foro y entra seguido de Carlos.)

CARLOS Sin duda
le sorprende mi presencia.

FELIPE No, señor.

JOSÉ ¿ Manda algo ?
FELIPE Vete. (Sale José.)

ESCENA III

FELIPE y CARLOS.

FELIPE Ni recelo ni sorpresa,
ya lo ve usted.

CARLOS De ese modo
resulta fácil tarea
lo que al buscarle me impuse.

FELIPE Es un lance lo que intenta,
¿ verdad ?

CARLOS Sí ; quise escribirle ;
pero imaginando que estas
cuestiones más fácilmente
que con escrituras necias
o dilatorias, sin trámites
y cara a cara se arreglan,
pensé en venir a su encuentro
y aquí estoy.

FELIPE Enhorabuena.
Que yo le ahorrara el camino
como pronto no viniera.

CARLOS Si en eso estamos conformes,
poco que decir me resta.
Usted, cuando yo cumplía
deberes de mi conciencia,
me insultó ; usted ha pretendido
con asechanzas rastreras
robar la dicha a un anciano
y el honor a una doncella.
Estos dos seres que sufren,
que mi propia sangre llevan,
son dignos de mi respeto
y hago más sus afrentas.
Esto es lo que a usted me trae,
ésta la razón suprema
de mi conducta.

FELIPE No ; hay otra.

CARLOS ¿ Que hay otra ?
FELIPE Quien valor muestra,
debe tener el más grande :
el valor de la franqueza.

CARLOS ¿ Y a mí me falta ?
FELIPE Sin duda,
porque su furor alientan
no la honra, no los insultos
que mi labio profiriera,
y que hoy, lo mismo que entonces,
mantengo en toda su fuerza,
sino el amor insensato
que a Margarita profesa.

CARLOS ¿ Qué dice usted ?

sobre su fama caería
como un padrón de vergüenza.
Viviendo yo, contra todos
tengo brío y tengo fuerza ;
mas si en el lance sucumbo
desamparada se queda,
y no es justo que nosotros
demo pábulo a su afrenta.
Esto evitar nos precisa.

CARLOS

¿Y cómo?

FELIPE

Poniendo tregua
al furor que nos combate
y ultimando la contienda
en sitio donde ninguno
saber ni imaginar pueda
el móvil que nos impulsa
y el objeto que nos lleva.

CARLOS

Conformes. Ya sólo falta
que encontremos la manera
de arreglarlo.

FELIPE

En ese punto,
que su discreción resuelva.

ESCENA IV

Dichos y JOSÉ; detrás, EL PADRE ANDRÉS.

JOSÉ

¿Don Felipe? El padre Andrés.

CARLOS

Él viene...

FELIPE

Nadie hay que impida
lo pactado ; usted decida
y avísemelo después.

ANDRÉS

Señores... (¡ Carlos aquí !)

CARLOS

Adiós.

FELIPE

¿Qué razón le asiste
para verme?

ANDRÉS

¿A qué viniste
y por qué te encuentro aquí? (A Carlos.)

CARLOS

¿A qué vine?... A castigar

ANDRÉS

Mal hace quien por fin tiene
la venganza.

CARLOS

¿Usted a qué viene?

ANDRÉS

Yo, a sufrir y a perdonar.

(Sale Carlos por el foro y el padre Andrés se dirige
al primer término, donde está Felipe.)

ESCENA V

FELIPE y EL PADRE ANDRÉS.

FELIPE

¿Usted en mi casa?

ANDRÉS

¡ Yo !

FELIPE

Después de lo sucedido
nunca hubiera presumido
que viniese.

ANDRÉS

¿Por qué no?

FELIPE

Padre Andrés...

ANDRÉS

Vengo a buscarle

porque mi deber lo ordena ;
porque me aflige su pena ;
porque quiero suplicarle
en favor de una mujer,
para quien piedad reclamo.
Si con toda mi alma la amo,
¿qué daño le puedo hacer?
El que le hice fué a despecho
de mi voluntad. Lo quiso
la suerte, que de improviso
metió su amor en mi pecho,
labrando mi desventura
y forjando su agonía ;
pero en mí no hubo falsía
ni asechanza.

ANDRÉS

Fué locura

FELIPE

criminal.

ANDRÉS

Locura acaso ;

crimen no lo pudo ser.
Quien deshonra a una mujer
inocente que a su paso
confiada se le presenta ;
quien, por un lascivo empeño,
se hace de esa mujer dueño,

y la envilece y la afrenta
y no doma su apetito,
ante el pudor es culpable.
Señor cura...

FELIPE
ANDRÉS

Y responsable
de traición y de delito.
Su culpa en mí halla merced ;
pero me arredra y me espanta.

FELIPE
ANDRÉS
FELIPE

¡ Mi culpa !
¡ Es grande !
No es tanta
como lo imagina usted.
Si mi pasado supiera...

ANDRÉS
FELIPE

Lo sé.
¿ Conoce mi vida,
y siéndole conocida
me habla usted de esa manera ?
Mi nombre fué deshonrado
por una infame ; yo, en precio
de su perjurio, al desprecio
y al odio la he condenado.
Mi alma en libertad quedó.
No es cierto.

ANDRÉS
FELIPE

Es cierto ; porque ama
el hombre honrado a la dama,
a la cortesana, no.

ANDRÉS
FELIPE
ANDRÉS
FELIPE

La ley de usted ha exigido...
¿ Qué exigió ? Un tormento horrible.
Un deber.

Un imposible ;
por eso no la he cumplido.
La ley me quitó el derecho
de templar mis desventuras
en ansias dulces y puras,
pero no arrancó a mi pecho,
no posee tal virtud,
lo que en él quiso poner
Dios, la esencia de mi ser,
el brío, la juventud,
la sangre, que se acumula
en hirvientes oleadas
sobre las venas hinchadas

por donde bulle y circula ;
los músculos, que a la vida
firmeza y poder ofrecen ;
los nervios, que se estremecen
con varonil sacudida ;
y el alma, que al desclavarse
de la inmensidad del cielo,
busca con honrado anhelo
otra alma a quien enlazarse.
Basta.

ANDRÉS
FELIPE

El social entredicho
no tuvo tanta firmeza,
porque la naturaleza
no se doblega a capricho.
Ella al amor me inducía
y tuve que obedecer.

ANDRÉS
FELIPE

¿ Deshonrando a una mujer ?
Amando como debía
amar : a quien conociese
lo que vale una pasión,
y al darme su corazón
toda su vida me diese...
Pues qué, ¿ iba yo a sujetar
mi sangre, viva e inquieta,
al tormento del asceta
o al amor del lupanar ?
No, padre, imposible ; no...

(Ademán de interrupción en el padre Andrés.)

Imposible para mí.
¡ Ni para asceta nací,
ni en el vicio me hundo yo !
¡ Torpe excusa ! Su delirio
podrá en parte disculpar
el hecho, no terminar
con el horrible martirio
de esa infeliz criatura,
que sus dichas le ha entregado
y a quien usted ha deshonrado.
Dar alivio a su amargura
es lo que mi anhelo ansía ;
si no lo hallo, lo aseguro

ANDRÉS

FELIPE

y por mi honor se lo juro,
no será la culpa mía.
ANDRÉS ¿Qué dice usted?
FELIPE La verdad.
¿Es cierto que he delinquido?
Pues bien, consejo le pido.
No busco la impunidad.
Yo le ofrezco a Margarita,
por su perdida inocencia,
mi porvenir, mi existencia...,
más aún si más necesita ;
lo que mande, lo que intente ;
ser suyo, estar a su lado,
vivir a ella consagrado
mientras que mi pecho aliente ;
no abandonarla jamás...
De ella son, si las reclama,
mi fe, mi sangre, mi fama ;
no puedo ofrecerle más.
¿Qué más debo hacer, señor,
qué?
ANDRÉS Nada, y nada resuelve ;
ni así la dicha le vuelve
ni así repara su honor.
FELIPE ¿Lo hecho ya no puede hallar
ningún remedio? ¿Ninguno?
ANDRÉS Remedio, tal vez, hay uno,
y de eso le vengo a hablar.
FELIPE ¿Que lo hay? ; De encontrarlo trato ;
esa es mi constante idea !
Dígalo ; sea cual sea,
yo lo admito y yo lo acato.
Hable usted.
ANDRÉS Ningún consuelo
pueden al mundo exigir.
FELIPE ¿Qué hacer entonces?
ANDRÉS Sufrir
con la esperanza en el cielo.
Olvidar esa pasión,
ese insensato delirio ;
conseguir por el martirio
el olvido y el perdón ;

dejar en la sombra caer
lazos que el tiempo desliga...
FELIPE No siga, padre, no siga,
porque eso no puede ser.
ANDRÉS ¿Mis ruegos rechaza?
FELIPE Sí.
¿Cómo la he de abandonar !
Hacerlo fuera aumentar
la infamia que cometí.
Pues qué, ¿debo yo decirla :
nuestra pasión fué locura ;
sufre sola tu amargura
porque no puedo impedirla,
porque te abandono? No.
De mí esa acción no reclame,
porque eso sería infame,
porque eso no lo hago yo.
ANDRÉS ¡Qué honda y qué terrible huella
la del mal ! ; Siempre persiste !
¡ También usted se resiste !
FELIPE ¿Acaso se resistió ella?
ANDRÉS ¡ Dígalo usted, por piedad !
Ella se resiste y lucha,
y mis súplicas escucha
en su triste ceguedad
y en su cruel arrebato
que lo imposible reclama.
FELIPE ¿Conque es verdad? ¿Conque me ama?
ANDRÉS ¡Qué dice usted, insensato !
FELIPE ¡No ha de amarme ! Era preciso.
ANDRÉS Yo venceré su dolor
y haré que olvide este amor
con que Dios probarla quiso.
FELIPE ¡ Olvidarlo !
ANDRÉS De eso trata
mi razón, y eso he venido
a pedirle.
FELIPE ¿Usted ha creído
que así un afecto se mata,
que así muere una pasión,
que así el alma se desvía?
No, padre ; tanto valdría